

## ANA WEINSTEIN

ENTREVISTADA: Ana Weinstein

ENTREVISTADOR: Abraham Felperín

El audio se encuentra en el archivo del Centro Marc Turcow:

378 (2) – Weinstein, Ana

Entrevistador: Nos encontramos con Anita Weinstein.

Ana Weinstein: Antes del relato estoy tratando de pensar si había algo diferente. Yo no recuerdo ahora, no recordaba tampoco en ese momento, después del atentado, pensando en lo que pasó y con todo muy fresco, no detecto haber detectado nada diferente a cómo eran otras mañanas de las que yo llegaba a Pasteur, por lo menos en el momento del ingreso. Yo en algún momento comenté y dije, pero después me hace dudar, de todo el impacto, hay cosas que pienso que tal vez las vi en ese momento, pero transcurrido el tiempo realmente no puedo testificar y decir “Bueno, yo creo que vi esto”. Como por ejemplo tener la sensación de que ese día el patrullero estaba con el capó levantado. Eso es algo que me quedó cuando entré. Pero si me hacés realmente aseverar con toda seguridad que eso fue ese día y no el día anterior, que era la rutina de ver el patrullero en la puerta, corrido un poco más atrás, no exactamente...

Entrevistador: Más corrido sobre la calle Tucumán

Ana Weinstein: Más corriéndose hacia Tucumán. Las cantidades, todas las mañanas o todas las veces que uno entraba y salía veía el patrullero, a mí me pareció que daba la impresión de que esa mañana estaban con el capó abierto y ellos estaban... Por lo que veo de cómo estaban los policías, dónde estaban, pareciera no ser coherente con esta realidad, por lo cual a mí me hace pensar que fue la del día anterior, yo la tenía guardada en la retina y lo asocié con esto.

Entrevistador: ¿A qué hora llegaste, más o menos, ese lunes?

Ana Weinstein: Yo tengo desde siempre, desde que inicié mi relación con AMIA, mi oficina acá, era la directora, en ese momento, de la Biblioteca Mendelsohn, y del Centro de Documentación y de Información sobre Judaísmo Argentino Mark Turkow. Esto funciona acá, en Ayacucho, en el tercer piso, yo tenía mi lugar de trabajo. A partir de 1993, por actividades que me pidieron que realizara, coordinación de algunas actividades especiales de AMIA, y fundamentalmente a partir de noviembre de la coordinación de todo lo que era el centenario de la kehilá, del centenario de AMIA, tenía muchas horas de trabajo en Pasteur y ahí me asignaron una oficina en el mes de marzo, en el primer piso, donde era la Secretaría General.

Entrevistador: Para ubicarnos geográficamente a los que no conocíamos muy bien.

Ana Weinstein: Entrando por el pasillo de AMIA. No es en la que yo estaba ni es la que tenía después, pero me adjudicaron en un primer momento la oficina de Secretaría General, que es al fondo, sobre la derecha, antes de entrar a la Sala de Sesiones, antes de entrar al sector de la Presidencia.

Entrevistador: Más para el sector de Uriburu.

Ana Weinstein: Entonces mi rutina general era venir acá a Ayacucho a las nueve de la mañana, ver las cosas que había pendientes referentes al Centro Mark Turkow, mi secretaria Mirta me tenía ya preparado ya todo lo que tenía que ver con las actividades del centro en sí, y generalmente, dependiendo de qué cosas eran, alrededor de las diez ya estaba yo en Pasteur. Y esa mañana, como tantas otras, nueve y media, diez menos veinte en realidad, digo "Bueno, ya está listo lo de acá, vamos Mirta"

Entrevistador: ¿Mirta?

Ana Weinstein: Mirta Strier. Agarramos cada una nuestras cosas. Salimos del edificio, bajamos por Tucumán, como había sucedido cientos de otras mañanas. Y cuando llegamos tiene que haber sido diez menos cuarto, pocos minutos antes de diez menos cuarto "Hola, hola" abajo, con la gente de seguridad, que me dieron la llave de mi oficina. En el interin, porque estaban empezando ya a pintar en el primer piso, me habían adjudicado una oficina en el segundo piso, al frente, que era el sector donde habían refaccionado. Ya estaba todo preparado el segundo piso, había dos oficinas vacías, una de ellas hacía pocos días que me la habían asignado.

Entrevistador: Estábamos en la oficina del segundo piso.

Ana Weinstein: Sí, que me la habían dado una semana antes porque estaban por pintar la que me habían adjudicado a mí original en el primer piso, que era más al fondo. Esta era exactamente en el frente. Pedimos la llave, como te decía, saludamos, subimos al ascensor, y llegamos al segundo piso. Al salir del ascensor nos encontramos con Bubi, el mozo, que con esa cosa jovial de todas las mañanas, tratando de que fuera jovial, "Bueno Bubi, ya llegamos, cuando quiera nos trae el café". Y entramos en la oficina nuestra. Al salir del ascensor, la primera oficina que vi sobre mi derecha, que también estaba al frente, era la oficina de los arquitectos. Y ahí había dos atachés abiertos sobre la mesa, lo cual quiere decir que ya estaba la gente de arquitectura. Uno era de Malamud, me enteré después, por supuesto. El otro era de alguien que había venido para verlo, que creo que era por un trabajo de electricidad. Y entramos a mi oficina, pegadita a la de ellos. Habría sido también esto de la rutina lógica que yo me sentara en mi escritorio y empezara a abrir mi cuaderno, que tenía siempre anotado, especialmente el lunes a la mañana cuando una hace una desconexión del fin de semana, y empezar a ver con qué cosas tengo que retomar esa mañana.

Entrevistador: Proyectar todo el trabajo.

Ana Weinstein: Y ver qué cosas me quedaron, qué tengo que hacer ese día, cuáles eran las prioridades. Pero no me senté. Dejé mi cartera, dejé mi portafolio. Habíamos pasado unas corridas muy grandes con unas cartas que teníamos que sacar y realmente me había prometido a mí misma que una de las cosas que iba a hacer esa semana era tratar de conseguir un procesador de textos para no pasar otra vez por máquina de escribir, por las mismas vicisitudes de por una letra tener que escribir toda la carta de vuelta. Y en ese momento Mirta hizo un comentario sobre la necesidad de tener la máquina, y ahí se ve que me acordé de esto y salí de mi oficina, dirigiéndome hacia lo que para mí siempre es el consultor del tema computación y procesadoras, hacia el fondo, donde estaba Miguel Salem.

Entrevistador: También en el segundo piso.

Ana Weinstein: Siempre en el segundo piso hacia el fondo.

Ana Weinstein: Salí de mi oficina. Ni siquiera alcancé a decirle a Mirta dónde iba. No sé, no sé realmente. Puedo entrar en la mística de decir que una mano me empujaba. Pero no me senté, dejé las cosas y salí. Pasé saludando a la gente de la parte de Administración, "Hola, qué tal", qué sé yo, y seguí hasta el fondo. Me senté ahí a hablar con Miguel y a decirle qué es lo que quería, que me asesorara qué

programa debería pedir y qué sé yo, y en ese momento empezó, estaba Dany Reiseman al lado nuestro, buscando unas cosas en el archivo, y en ese momento se escuchó una gran explosión. Pero no sentimos el ruido, yo no puedo decir que fue el ruido ensordecedor. Fue un ruido sordo, importante, y un estremecimiento del lugar. Y empezamos a mirar en ese momento a ver qué era lo que podía estar sucediendo. Como también leí en algunos testimonios, creo que en el primer momento a mí también me pareció que estaba vinculado con algo de la construcción, era como que del patio sobre el costado, si uno miraba hacia al frente, hacia Pasteur, sobre el costado derecho, estaban terminando todavía una instalación de algo, era como que algo se había venido abajo, un andamio, alguna cosa. Algo que podía ser de las refacciones. A los pocos instantes hubo como otra... No sé si otra, pero eso debe ser la caída, el desmoronamiento de toda la estructura que hizo sacudir todo fuertemente, el polvillo ese que se nos instaló a todos encima, y a los gritos. Creo que estaba en cada uno lo que tenía que hacer, Edry empezó a gritar “¡Al piso!”, ahí nos empezamos a tirar al piso. Me metí debajo de un escritorio. Daniel Reiseman estaba al costado y también era como que se le venían algunas cosas del archivo. No nos veíamos entre nosotros si uno estaba a más de un metro de distancia. Y ahí, el momento, me senté... No, me metí debajo del escritorio, a los segundos salí, empecé a gritar por Mirta porque sabía que estaba adelante. Edry dijo “Voy”, fue hacia adelante, volvió, “¡Salgan, salgan, salgan!”, nadie dijo nada. Entonces ahí empezamos a buscar algún lugar para salir porque se estaba volviendo irrespirable. Todo esto contado lleva más tiempo de lo que en realidad llevó hacer todo esto.

Entrevistador: Porque fue una cuestión de pocos segundos.

Ana Weinstein: Sí, minutos. Había una puerta ahí, que se abrió. No sabíamos si eso iba a continuar, y ese polvillo... Ya ahí sabíamos que se había caído algo. Es decir, que el techo podía seguir cayendo, y por eso la necesidad de salir, de poder respirar. Y al abrir esa puerta había como un pequeño puentecito de metal. Salimos todos ahí. Tendría este largo, no más, pero daba contra una pared. Y ahí ya pudimos respirar un poco más, nos reunimos entre todos. Yo volví a entrar, estaba desesperada con el tema de Mirta. Edry ahí me atajó, me dijo “Salí, salí, no hay nada para hacer”. Y ahí empezamos a gritar. Subieron dos de los muchachos, no sé quién. Escalaron, pusieron los pies en las dos barandas y treparon ahí a la pared, y estaban empezando a levantar a la gente. Y ahí alguien trajo una escalera. Creo que fue Edmundo Varón que se acordó de su oficina, entonces volvió a entrar,

estaba en la parte que estaba en pie. Volvió a entrar a la oficina de él y trajo una escalera, de esas extensibles, así en triángulo, y hasta que se pudo acomodar. Bueno, y ahí pudimos empezar a subir. Que subimos a una especie de terracita. Buscando a dónde salir porque en ese momento era la sensación de que todo podía seguir cayendo. Cuando subimos ahí tuvimos la visión de todo. Por lo menos me pasó a mí, y Hugo estaba al lado mío, Hugo de personal. Tuvimos la visión, pudimos ver el frente, ahí vimos lo que había pasado. Y no tuvimos hasta ese momento conciencia total de la magnitud de lo que había pasado hasta ese momento que vimos el desmoronamiento, el edificio de enfrente, los alrededores. Porque primeramente empezamos a gritar, había salido gente a los balcones “¡Llamen a los bomberos!”. Nuestros grito de llamen a los bomberos era la suposición de que otros no estaban enterados de lo que nos estaba pasando. Cuando vimos eso, ahí entendimos qué era esto, y ahí empezamos a los gritos, y a saber que de ahí no se salía [...40.3]

Estaba Salo Belgorosky gritando por la mujer, porque había unas ventanas, si nosotros estábamos en el segundo, había ventanas del tercero, o podían ser del cuarto, y él gritaba y la llamaba. Había una señora con un bebé, una chica que estaba en Plan ASI y que la lograron sacar. Fue muy impresionante porque estaba con el bebé. Estaba Daniel Pomerantz, tenía una pequeña herida en la frente y en un talón, estaba Edmundo que estaba sangrando un poco. Estábamos todos con el polvillo cadavérico, blanco. Era reconocerse, pero por supuesto que nos reconocíamos, pero el aspecto que teníamos era impresionante. Estaba Natalio, estaba Salo, Raquel Fainstein. Marta, [...4.45] general. Y yo al salir ahí, así como Salo miraba para arriba, empecé a mirar abajo al primer piso. Estaban Tamara, Silvina, y a los gritos, pensando que Mirta hubiera bajado al primer piso porque dijo “Voy a ver si consigo máquina de escribir”, pensando que yo hubiera podido alcanzar a bajar al primer piso a pedirle la máquina a Silvina. Y ahí vi a Ana María Czyzewski desesperada, fuera de sí, desencajada, por supuesto, por su hija. La vi bien a Tamara, por lo menos en pie, viva. La vi bien a Silvina. Ahí vi aparecer a Simja Sneh. Muy impresionante cómo lo vi, blanco, hay una foto de él así, blanco, con sangre chorreando, pero totalmente blanco. No por su cara solamente que le faltaba color, sino por el polvillo, por la tierra que le había caído encima. Y estaba Adriana, la secretaria de Abraham Szwarc, que había salido de la parte más anterior del edificio. Ellos se salvaron ahí. A Rosenblat no lo vi, sé que también salió por ahí.

Y bueno, ahí era la desesperación de qué hacer. Para seguir al lado era un salto muy grande, y no había nadie en el edificio de al lado que nos pudiera acercar una escalera. Para subir también era como muy lejos para el próximo balcón. Ahí ya creo que empezamos a escuchar el helicóptero, pero también sabíamos que era tan grande que no nos íbamos a quedar ahí, que alguien nos iba a venir a sacar. Pero estábamos a los gritos mirando lo que pasaba delante de nosotros hacia abajo. Se ve también en las fotos lo que era la estructura del aire acondicionado. Y todo el edificio caído. Y había como un agujero en esa terraza en la que nosotros estábamos, es decir, se veía que daba, estaba en el techo de algo, y alguien acercó de ahí abajo una escalera, y ahí sí empezamos a bajar, y salimos por Uriburu. Eran dos edificios, el que sale por Uriburu. Yo no recuerdo bien, trato de ubicar. Fui varias veces ahí, a Uriburu, a la calle, no volví a entrar. Me dice Natalio que sí, que de ahí nos acercaron esa escalera. Sé que al bajar había gente con vasos de agua ofreciendo si queríamos tomar agua. Lo que sí recuerdo, por lo menos a mí me pasó, no paré de tomar agua en todo el día por el polvo que habíamos inhalado. Era impresionante la sequedad en la garganta, así que esa agua nos vino muy bien. Y también me dijo “¿Quiere el teléfono?”. Empezamos a bajar y alguien llamó antes que yo, y yo llamé también para avisar que estoy viva a mi casa. Y ahí bajamos y recorrimos esa cuadra por Tucumán, abrazadas con Dorita, ella gritando por su marido, Naum, que estaba en la guardia adelante, que efectivamente falleció. Y bueno, después ya fue la locura de ahí, de tratar de acercarse al lugar, y que no se podía acercar. Y ante el impacto de querer ir y de los gritos. Después toda la locura de esos momentos y de empezar a pasar lista. De saber ya ahí qué, quién, de quién se sabe. Eso es lo que recuerdo de eso, no sé cuánto tiempo fue, hasta que terminé de bajar habrán sido las diez y diez.

Entrevistador: Ya una vez en Pasteur, viendo la destrucción del edificio, ¿de ahí qué hicieron?

Ana Weinstein: Yo estaba con botas y con pollera. Menciono eso porque yo me empecé a acercar hacia Pasteur y rápidamente me dieron como... Es decir, la gente que estaba corriendo de un lado a otro “No, no, córrase, córrase”, y era difícil acercarse más cerca como para hacer algo. Entonces me puse en la cola donde habían empezado a pasar los baldes, porque había gritos “¡Baldes, agua, guantes!”, estas cosas que se empezaron a pedir, y cartones, cajas, empezaron a circular y armarse como dos líneas de pasadas de manos. Y ahí yo estaba en la esquina de Tucumán, tratando de pasar cosas. Muy impactada, la gente empezaba a llegar y a

gritar y a los gritos, y tratar de calmar a algunos que conocía, que habían salido conmigo y decirles “Bueno, no, están bien, están vivos”. Gente que se tiraba al piso por familiares que estaban ahí. En todo ese griterío me encontré con mi cuñada que me venía a buscar a mí, que vive ahí en Pasteur al 300. Fue también medio milagroso, porque ella ya había estado recorriendo, hasta que yo llegué a venir. Y bueno, el encuentro. Darse cuenta de que en ese momento tuve la conciencia de que el otro pensó que yo estaba muerta. Mi cuñada pensó que yo no estaba, y vino a los gritos, y cómo me abrazó. Después ahí salió una amiga. El estar todo el tiempo ahí reconociendo que me había salvado de la muerte, si pienso para atrás estaba todo eso en la conciencia, pero cada vez que alguien me abrazaba era de nuevo tener conciencia de eso. Después alguien me prestó un Movicom, entonces además de mi marido llamé a mi hija que estaba trabajando, no había escuchado nada. Yo a los gritos, vino ella y también me pudo encontrar, a pesar de toda esa... Creo que yo a ella le había dicho donde estaba, en la esquina de Tucumán y Pasteur. Lo increíble de todo es la dificultad de entender qué cosas de esta magnitud pueden suceder. Después cuando le dije a mi marido “Estoy bien, estoy bien, estoy saliendo”. Y me dijo “Esperame en la puerta”. Él escuchó la bomba, es decir, ya le habían avisado que había habido una bomba en la AMIA. Pero la dificultad realmente debe ser de asimilar, de entender. Le digo “¡Qué, puerta, no hay puerta! ¡No hay puerta, no hay edificio, no hay nada acá!”. Eso recuerdo haber dicho. Bueno, después ahí nos encontramos, y yo no podía moverme de ese lugar hasta bastante más tarde. No me pude acercar a los escombros en sí. No pasaba de la esquina de Tucumán. Me impactó parte de lo que yo podía estar, ver a la gente que iba llegando y preguntando por sus familiares, cómo la gente corría también para ayudar. El descontrol, bastante grande, de no saber qué hacer en esos momentos. Recién creo que debe haber sido a las tres de la tarde, dos y media, que vine acá a Ayacucho, donde nos fueron diciendo que acá se armó, acá estaban reuniéndose todos, y ahí me vine para acá. Y entré con mi marido, mi marido tenía el Movicom, al ratito me llama mi hija, que estaba afuera, ella se había quedado esperando afuera, que trate de averiguar, porque la novia de su cuñado, la noviecita, aparentemente de 21 años, aparentemente estaba en la Bolsa de Trabajo, que vea a ver qué... Y fue una de las familias que tuvo que esperar hasta el jueves a que la encontraran, y había fallecido. Así que al dolor propio se agregó este dolor de alguien cercano con quien mi hija había estado cenando la noche anterior, y que era una chica hermosa, preciosa, amorosa. Junto con todos los compañeros de trabajo creo que también el shock de ese momento me hace volver cosas,

incorporar cosas a la memoria. No tengo recuerdo total de todos los momentos, voy incorporando, armando también la memoria.

Entrevistador: Yo no tengo preguntas.

Ana Weinstein: Y con respecto a cosas especiales que me preguntaste antes, yo no recuerdo cosas especiales. Para mí fue un día dentro de la rutina general. Sí me pone terriblemente mal pensar que para los que pusieron la bomba, los que lo planificaron, ninguno de los días anteriores debía ser para nosotros días normales. El saber que nos estaban observando, estaban midiendo nuestros movimientos, estaban viendo dónde estamos, estaban viendo cuánta gente entra, estaban midiendo el edificio, y estaban viendo nuestras vidas, es una de las cosas que me pone fuera de mí, muchas otras, pero asociar eso de la normalidad o anormalidad. Lo que para nosotros era normalidad, vivir un día común, otro lo estaba tomando como estrategia para el ataque. Me pone muy mal, todo eso al servicio del odio y la destrucción. No puedo terminar de asimilar.